

Psicología y desarrollo humano

El lenguaje como encuentro con el otro

Hna. Virginia Isingrini

Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

La persona llega a ser tal, sólo en el encuentro con el otro. El libro de los Proverbios dirá plásticamente que «como en el agua un rostro refleja otro rostro, así el corazón de un hombre refleja el de otro hombre» (27, 9).

En el momento que el ser humano se distingue de lo que lo rodea, sea lo que sea, su existencia no puede ya agotarse en sí misma, sino que se convierte en ser con, irreductiblemente en relación con algo que no es él mismo. Y la manera como se pone ante los demás conserva los idénticos caracteres que determinan su manera de estar consigo mismo.

Esta dimensión intersubjetiva del hombre no puede ser reducida a su imposibilidad de hacer frente solo a sus necesidades. Si así fuera no se distinguiría, por ejemplo, de las abejas. Al contrario, correría el riesgo de quedar muy por debajo de su modelo de organización y funcionalidad grupal. El hombre no está en relación con los demás porque es incapaz de bastarse a sí mismo; por el contrario, precisamente en su autonomía y libertad respecto a la necesidad (y por lo tanto en la plenitud) él es un ser auténticamente en relación. El hombre puede estar con los demás porque en sí mismo es con otros: puede ir al encuentro de los demás porque él primero ha consentido dejarse encontrar por lo que, presente en él, no proviene de ninguna iniciativa suya, sino que se hace presente como otro distinto a él pero dentro de él.

Relación y lenguaje

La palabra es la expresión más propia del ser humano, de su tensión inagotable de entrar en relación con el otro y consigo mismo, tanto que Mounier llega a afirmar que, cuando la comunicación se interrumpe o se corrompe, se pierde el sentido profundo de uno mismo. El otro se vuelve ajeno, un extranjero, y yo, a mi vez, soy un extraño para mí mismo, un enajenado.

Tener el don del lenguaje supone un privilegio inédito en el universo y no puede ser reducido a una facultad de expresión y comunicación, por importante que sea. El hombre no sería tal si le fuera negado hablar incesantemente. Para hablar se necesitan los hablantes, pero no en el sentido obvio de una causa que tiene un efecto. Por medio del habla los hablantes vienen a ser presentes el uno al otro. Por esta razón no es lo mismo 'decir' y 'hablar'. Uno puede hablar sin fin y no decir nada. En cambio, alguien guarda silencio y, al no hablar, puede decir mucho. Hablarse los unos a los otros significa decirse mutuamente algo, mostrar recíprocamente algo, fiarse cada vez a lo que se muestra. Se establece así una tensión entre lo dicho y lo no dicho. Y lo no dicho no es solamente lo que falta de sonoridad, sino lo que no llega a ser, a aparecer, si no pasa a través de la palabra. Lo que se hace presente, lo que se muestra, nace así de una ausencia, de algo que vive en lo íntimo y en el silencio y que no puede ser agotado en toda su amplitud.

Hablar es asimismo escuchar, porque el escuchar es primero un dejar se decir. Al decir, al pronunciar una palabra, también hacemos presente ante nosotros mismos lo que somos y, a la vez que nos vamos apropiando de ello, lo entregamos al otro como don. Por esa razón el sentimiento que acompaña el don y el lenguaje es la gratitud.

Nacimiento del lenguaje

A partir de los estudios sobre la percepción lingüística y la adquisición del habla en los niños pequeños, resulta que en esta primera fase destaca la conexión que existe entre la expresión de los estados internos y el aparato motor. Tanto cuando escucha como cuando emite alguna palabra, el niño llega a disponer de una gama diferenciada de sonidos: vocales, distintos tipos de consonantes. En el origen de esta variedad de señales sonoras, hay movimientos específicos del aparato motor, movimientos de los labios, de la lengua, de la faringe. Se trata de configuraciones que dan voz a las disposiciones afectivas primarias. Esta aparición del sonido, de la voz, como indicio de, no es tanto una simple imitación, grabación pasiva de sonidos externos, cuanto un efecto de una actividad orgánica. Vale la pena recordar cómo la capacidad de manifestar la percepción de sí mediante el lenguaje, no requiere la formación de nuevos órganos, sino una diferente organización de los ya existentes. Éstos se modifican, gracias a una nueva configuración de relaciones, para dar origen a algo inesperado y sorprendente: la palabra.

Voz y comunicación

La voz, como característica propia del hombre, antes que ser una expresión de necesidades, un medio para intercambiar informaciones, es sobre todo la articulación del sonido que acoge y manifiesta la plenitud adquirida mediante la temprana, aunque incompleta e imperfecta, superación de los propios instintos. La voz encierra, por lo tanto, la disposición para escuchar, que constituye en sí una apertura al infinito campo de la alteridad.

También los animales oyen; sin embargo, escuchar no se reduce a la pura recepción de sonidos. Es, ante todo, prestar atención a lo que nos ocupa y, al mismo tiempo, tomar distancia de ello. Se abre de esa forma un espacio para acoger, para que se manifieste una dimensión que es ontológicamente dada al hombre: la capacidad de distinguir y unir. Aunque no conservemos memoria de ello, hubo un momento en que, de repente, algo ha importado más, algo que vino antes que la natural satisfacción de las necesidades. Algo que empuja a ir más allá de uno mismo y que alcanza a resonar en la voz que da significación a la realidad. Yendo más allá de sí mismo, el hombre se capta como algo separado del mundo, del otro (el objeto) y, sin embargo, intrínsecamente unido y relacionado con ello. El habla implica y produce una capacidad de diferenciarse del mundo externo. Sin esta diferenciación no podría haber encuentro, no podría existir auténtica comunicación.

Hacia la relación

Diferenciarse del mundo, del otro, y acogerlo en su autonomía, es un proceso lento que pasa a través de estadios y momentos cruciales, en los que el lenguaje juega un papel fundamental. La separación y diferenciación del sujeto con el objeto es el supuesto indispensable, aunque no definitivo, para que se pueda hablar de relación.

Estudiando, desde un punto de vista psicológico, los cambios que se producen durante la adolescencia, notamos tres áreas fundamentales: la integración, la organización y la

regulación de las funciones del yo. Retomando el concepto de «autonomía del yo», ya utilizado por *Rapaport*, se puede afirmar que el 'yo' no está a la merced de los impulsos, sino que puede decidir dominarlos o satisfacerlos. Tales impulsos-estímulos pueden ser tanto internos (proviene desde el interior de la persona) como externos (vienen del ambiente, de todo lo que no se identifica con el 'yo'). Además con el tiempo, la persona es capaz de observar y ser sensible a cuanto acontece en ella misma a raíz de estos dobles estímulos. Estas tres áreas interactúan y un cambio en una de ellas repercute sobre las otras dos.

El niño recién nacido está totalmente orientado hacia lo exterior; su percepción del mundo interno, así como su capacidad de observarse a sí mismo, son extremadamente pobres, si no inexistentes; está a merced del mundo externo, de alguna manera se confunde con ello. Si el otro, el mundo externo, no satisface sus necesidades básicas, el niño nunca podrá diferenciarse adecuadamente. La ansiedad que lo invada puede llegar a ser muy amenazadora, sobre todo porque él no tiene todavía los recursos racionales y volitivos para enfrentarla. Su única salida podría ser encerrarse en un universo subjetivo, construido a su antojo, con tal de no sucumbir ante la sensación de desaparecer. Para poderse abrir al 'otro' para ir más allá de sí mismo y de sus instintos, el niño tiene primero que gratificarlos de forma adecuada.

Hasta que el 'otro' es, de maneras distintas, homologado, confundido o reducido al propio mundo, no se puede propiamente hablar de relación. Idealmente, sólo el adulto alcanza una integración, organización y regulación equilibrada y duradera de estas áreas. La psicología llama la atención, especialmente en la teoría de las «relaciones objetales», sobre el hecho que esta capacidad no se da de forma automática, sino que es fruto de un largo recorrido que puede a veces detenerse o, inclusive, volver a etapas más tempranas.

Tanto en su nacer como en su desarrollo, el habla hace referencia a un 'tú', a un 'otro' que está fuera y pide ser acogido en su autonomía y diferencia. Con profunda razón, Ebner sitúa en la base de su teoría la convicción que «la palabra y el amor se implican», llegando a afirmar que «esto es lo que constituye la esencia del lenguaje y de la palabra, en su espiritualidad: que el lenguaje es algo que se da entre el 'yo' y el 'tú', entre la primera y la segunda persona... algo que, por una parte, presupone la relación del 'yo' y el 'tú', por otra parte la establece».